

Los cubanos que combatieron contra los *marines* en la isla de Granada fueron en su mayoría carpinteros, albañiles, conductores de bulldozers y mecánicos, que tenían órdenes estrictas de

no disparar a menos que fueran atacados. "Si fuéramos soldados, cómo íbamos a construir una pista tan grande en tan poco tiempo". Ésta fue la respuesta de Gregorio de la Torre. Lleva-

ba 15 meses trabajando como ayudante de albañil en el aeropuerto de Punta Salinas. Dice con orgullo que para su terminación faltaba sólo extender la quinta capa de asfalto.

La 'guerra' de los albañiles cubanos en Granada

El primer enfrentamiento directo entre Cuba y Estados Unidos desde la bahía de Cochinos fue un combate desigual

JESÚS CEBERIO, La Habana
ENVIADO ESPECIAL

Los paracaidistas norteamericanos fueron los primeros en utilizar la recién terminada pista del nuevo aeropuerto de Granada, el 25 de octubre, poco antes de las seis de la mañana. "El avión pasaba una y otra vez, y dejaba caer hileras de 10 hombres. Eran cientos. Los dos campamentos, el viejo y el nuevo, que albergaban a los 600 obreros cubanos, se habían despertado dos horas antes, sobresaltados por el zumbido del avión. "Salimos inmediatamente a cubrir los puestos que ya teníamos asignados. Nuestra misión era defender el campamento, con la orden precisa de no disparar si no éramos atacados". Mario Echeverría (27 años, casado, dos hijos) convalece en una cama del hospital Amejeidas de tres heridas de bala, en la parte posterior de la cabeza, en el hombro derecho y en un pie. "Me alcanzó una ráfaga de ametralladora disparada desde el avión".

Ni siquiera iba armado, aunque él, con 15 meses de trabajo en Granada, era de los más antiguos; no le tocó ningún arma cuando Maurice Bishop decidió entregarles para su defensa unos cientos de fusiles, alguna ametralladora y varios lanzacohetes. "Cuando nos dimos cuenta de que eran americanos pensamos que iban a sacar a los estudiantes de la universidad y se iban a ir".

En esas primeras horas la confusión fue terrible. Los paracaidistas descendieron en las cercanías del campamento viejo. El ingeniero jefe de las obras, Eduardo de la Osa, había dado orden de permanecer en el campo. "Sobre las siete car". Javier Rodríguez (32 años, casado, dos hijos) era el mecánico jefe de los talleres, pero tampoco tenía armas. "Cuando vi que la lluvia de plomo era mucha, me interné en el monte".



Llegada al aeropuerto internacional de La Habana de cubanos que se encontraban en la isla caribeña de Granada cuando fue invadida por los norteamericanos.

En torno a este campamento viejo, donde fueron concentrados más tarde todos los prisioneros, se estableció un largo combate que duró hasta casi las tres de la tarde. Lo relata Manuel de Jesús Heredia, un hombre de 66 años, pintor, que descargó tres peines de balas disparando un fusil AKM antes de que un disparo atravesase un muslo. "Yo no fui a Granada a pelear, pero, si hay que pelear, peleo. No nos íbamos a dejar matar como corderos. Ellos disparaban, y nosotros también".

Las cosas no fueron mejor en el

campamento nuevo; sus ocupantes contaron únicamente con la ventaja de que tuvieron más tiempo para huir hacia las colinas. Gregorio de la Torre tenía en sus manos un lanzacohetes con tres proyectiles que ni siquiera llegó a disparar. "A unos 10 metros de donde yo estaba cayó herido Mario Echeverría. Un poco más lejos estaba armado Figueroa, que al verse alcanzado por una bala empezó a disparar su ametralladora. Le contestaron con un mortero que lo mató allí mismo".

A los que estaban en el campa-

mento les ordenaron salir con las manos en alto, que la cosa no iba con ellos. "No bien habíamos salido, cuando empezaron a amenazarnos: 'Pórtense bien, que aquí hay muchos con ganas de tirarles'. Era un grupo de unos 60 presos. Después de cachearlos y quitarles cualquier objeto que llevasen encima, los entregaron a los soldados de Barbados.

Los militares antillanos les rodearon y cargaron sus fusiles como si fueran a disparar. "Estuvimos tirados hasta la medianoche. A esa hora nos llevaron al campamento viejo, donde tenían ya unos 200 prisioneros. Desde allí pudimos ver cómo atacaban nuestra misión militar con aviones y helicópteros, hasta que la destruyeron totalmente. Hubo unos 15 muertos allí. También supimos luego que otros cinco compañeros habían resistido en una loma durante casi un día".

Uno de éstos fue Ramiro López (27 años, casado, natural de Camagüey, albañil). "Cuando vimos a los paracaidistas, yo agarré mi fusil y me fui a mi puesto, que estaba a unos 400 metros del campamento nuevo. Allí estuvimos tres días sin comer ni beber. Éramos cinco. Al tercer día vimos a unos 20 que venían en dirección a nosotros. Disparamos, pero no había manera. Ellos llevaban chalecos antibalas, cascos y ametralladoras".

La preocupación fundamental de los norteamericanos era averiguar el rango militar, qué misiones tenía cada uno y dónde estaban los arsenales, tanto los cubanos como los granadinos.

A muchos les preguntaron si no querían irse a vivir a EE UU. Javier Rodríguez, mecánico de motores diesel, fue tentado con altos salarios. Todos regresaron a Cuba. Algo más de suerte tuvieron las mujeres, a las que permitieron quedarse en su barraca, no sin antes cachearlas de forma ofensiva.

Viernes 11 de noviembre